

LA VISITA

Una suave llovizna anunciaba el inicio del invierno, Wolfgang veía desde las - ventanas de vidrio que cubrían toda la pared que miraba hacia la calle, un -- trozo de cielo gris que se asomaba tímido entre los altos edificios de ladrillo y vidrio. El reloj de pared marcaba la hora de salida. Wolfgang vio el reloj con desgano, y desvió los ojos hacia el boceto sin terminar que estaba so bre la mesa de dibujo. Abandonó la mesa y se dirigió al ventanal de vidrio y vió el asfalto mojado por la lluvia. El reloj marcaba la hora de salida. Tomó la chaqueta de fieltro de la silla y abandonó el salón donde se agrupaban las mesas de dibujo. Bajó los ocho pisos que lo separaban de la calle en el ascen-- sor, el movimiento suave del descenso lo adormeció un poco. Salió del ascen-- sor; caminó hasta la enorme puerta de entrada, toda de vidrio, con marco de - bronce. Se detuvo un momento ante la puerta abierta, contemplando la llovizna que caía sobre el asfalto insensible y estéril. Alzó el cuello de la chaqueta y caminó, bajo las gotas de agua que al caer mojaban su ropa, las tres cuadras que lo separaban del pequeño café donde cenaba todos los días, desde hacía cin-- co años. Un crepúsculo opaco y plomizo de invierno temprano se adivinaba en el aire de la tarde.

Se sentó en la mesa de costumbre desde la cual se veía, a través de una venta- na de vidrios incompletos, un patio embaldosado y encerrado entre cuatro muros bajos. Contempló la ventana y el patio de baldosas rotas, lo contemplaba siem- pre como si fuera una vítrea esfinge que encerrara un enigma indescifrable.

-¿Lo de siempre? preguntó con su voz baja como un susurro la patrona del café.

-Sí. Contesto Wolfgang casi sin dejar de ver la ventana. La patrona ya no se mo lestaba de la fría indiferencia de su comensal.

Comió lo que comía todas las tardes desde hacía cinco años, tostadas con mante quilla, huevo frito y una taza de té ~~sin~~ azúcar. Comía sin prisa pero sin dar- se cuenta de lo que comía, pensaba en el trabajo sin terminar que tendría que concluir el lunes temprano. Todo el día no ha podido concentrarse en el traba- jo, estaba totalmente insatisfecho con su dibujo, pero ante todo era que ese - viernes era un día casi de aniversario, un día especial al menos.

Había concluido sus curso de pintura y se celebraba una exposición colectiva, su primera exposición y acaso la única. Ganó el premio de la exposición, la - crítica lo calificó de joven pintor que prometía mucho, un nuevo Rubens por la fuerza de la expresión y la riqueza del colorido, por la armonía de los conjun- tos. Pasada la alegría del triunfo Wolfgang tuvo que enfrentar el hecho de que debía obtener un empleo. Aceptó lo que se dice un excelente empleo, pensaba -- que esto le permitiría pintar y exponer después. Cinco años habían transcurrido y él no había pintado absolutamente nada.

Al llegar a su habitación esa noche lo encontró por primera vez, era, o al me- nos lo parecía, un ordenador de datos con figura humana, guardaba silencio, -- más bien emitía sonidos que Wolfgang no alcanzaba a entender. El extraño visi-- tante parecía al mismo tiempo material y etéreo. Wolfgang encendió un fósforo, el extraño visitante desapareció él fumo en silencio.

El gerente se detuvo a la par de la mesa de dibujo de Wolfgang, debo felicitar- lo es usted genial. Dijo el gerente, Wolfgang esbozó una sonrisa amarga. Sabe - -continúo el gerente- sus ilustraciones de los vegetales son fantásticas, lo - dicho; es usted un genio, pero lo mejor son sus dibujos de los tomates: son --

tan naturales y parecen tan reales que las ventas de nuestra pasta de tomate han subido vertiginosamente. Wolfgang sentía que la vulgaridad y vacuidad del gerente eran un insulto para él. Murmuró un gracias apenas dicho y apenas oído y continuó su tarea.

De pie, frente a la blanca tela, raspada incontables veces, Wolfgang, sentía - la angustia de no poder pintar otra cosa que no fueran redondos, rojos y jugosos tomates para ilustrar latas de salsa de tomate. "Si me hubieras llamado, no estarías en esta situación". Estas palabras hicieron volverse a Wolfgang, y él estaba ahí otra vez. "Sé, dijo el visitante, que tú no puedes creer que yo exista, además de que debería oler a azufre y tener cola y cuernos..." y patas de chivo interrumpió Wolfgang. "Sí, estás en lo correcto, pero no creas que por eso no tengo poder, podré parecer una simple máquina, pero eso no me impide seguir siendo el mismo, sólo debes hacer una cosa, programarme y pintarás lo que desees".

Al cambio usual. "De todos modos creer o no en mí, aceptes o no mi oferta, estás condenado". Condenado. La palabra dejó impávido al pintor de etiquetas para enlatados; ¿condenado a qué? floreció en sus labios delgados su amarga sonrisa. El ordenador de datos se desconcertó ante esta reacción. "No dudas, no sufres, no agonizas". Me eres indiferente, ni siquiera estorbas dijo Wolfgang y - se durmió completamente vestido.

Un radiante sol de verano iluminaba la sala de dibujo del octavo piso de un -- edificio de hormigón y vidrio. "Lo siento, -dijo el gerente usted es muy capaz pero este moderno ordenador de datos es genial, casi piensa, y es muy barato; hará su trabajo mejor que usted". Supongo que eso es un halago dijo Wolfgang. - Le dio la espalda al gerente y abandonó el edificio de ocho pisos. De la esquina se levantaba un edificio de 100 pisos, diseñado y dirigido por computadoras pensantes. Caminó, no tenía hambre. Un luminoso crepúsculo veraniego aún iluminaba las calles asfaltadas.

En su habitación ahí esta él. Se sentó en el diván; en silencio. "Condenado". A quien le importa - dijo Wolfgang- cortó los cables del ordenador y el mundo quedó a oscuras

Wolfgang fumaba frente a la ventana abierta, la Vía Láctea parecía una herida - de luz en carne putrefacta. Sólo silencio.

Luis Ernesto Martínez-Alas.

